

ción política liberal que se desarrolló en México a lo largo del siglo XIX y que la Revolución de 1910 revitalizó.

En relación con lo anterior, es válido interrogarse si una de las condiciones para que en la actualidad pueda consolidarse dicha sociedad de ciudadanos, es examinar desde una perspectiva crítica las alteraciones o distorsiones de las que fue objeto la doctrina liberal a partir del siglo XIX. Rastrear las causas históricas de esa distorsión es hacer del análisis de la cultura política un instrumento de transformación. La condición para que la historia se convierta en ese instrumento, dejando de ser una pieza de museo y/o una forma de legitimación política, es que exista una distancia entre el historiador y el poder. En México, esta distancia no ha estado siempre presente, lo cual pueda quizá ser atribuido, entre otras cosas, a la ausencia de una cultura política verdaderamente liberal.

Beatriz Urías Horcasitas

Martínez, Lucía (comp.), *Indios, peones, hacendados y maestros. Viejos actores para un México nuevo (1821-1943)*, Universidad Pedagógica Nacional, México, 1994, 2 vols. (Colección Archivos, 1).

En primer lugar, conviene destacar el acierto del título y del subtítulo. No se trata de un asunto meramente formal. Enuncia la pretensión de los autores de buscar nuevos caminos que vayan más allá de lo que ha sido gran parte de los estudios sobre historia de la educa-

ción. Expresa la idea de cada uno de los trabajos por subrayar el papel desempeñado por una diversidad de actores que contribuyeron a la formación y la creación, no sólo de los sistemas educativos "regionales", sino a la conformación del Sistema Educativo Nacional.

En segundo lugar, es muy alentador que los artículos aquí reunidos sean producto del seminario 150 años de historia de la educación en México (1824-1974), organizado por la línea de historia de la educación de la Universidad Pedagógica Nacional. Es estimulante, porque representa un esfuerzo colectivo en torno a una preocupación común: la recuperación de historias particulares, y tal interés atrajo la concurrencia de investigadores de diversas instituciones académicas, lo cual posibilitó un clima favorable para consolidar este campo del conocimiento.

Es preciso señalar la desproporción entre el primero y el segundo volúmenes. El primero es mucho más congruente, con mayor unidad temática y una visión más acabada y amplia de las vicisitudes que enfrentaron los sistemas educativos en el siglo XIX; el segundo mantiene una desigualdad temática sin demérito del trabajo de los autores. Acaso lo anterior sea una muestra de la predilección de los historiadores de la educación por el siglo XIX. Es una tarea pendiente para quienes estamos interesados en esta labor. Así habría que establecer y profundizar en el estudio de las rupturas y continuidades entre el siglo XIX y el XX en la historia de la educación.

Indios, peones, hacendados y maestros, pero también artesanos; el uso en

plural de las palabras traduce una percepción de grupos sociales no homogéneos, que son los protagonistas a lo largo de las 277 páginas: se escuchan voces, afanes y anhelos que los autores se empeñan en descubrir y describir. En cada uno de los trabajos, los actores viejos se empalman en escenarios múltiples, propician procesos sociales tendientes a la configuración de sistemas e instituciones educativas. En efecto, se trata de actores viejos que se negaron a ser simples receptores de iniciativas conducentes a integrarlos en prácticas educativas, muchas veces ajenas a sus necesidades y aspiraciones. De igual modo, fueron intérpretes de esas iniciativas, moldeándolas conforme a sus expectativas, sueños y esperanzas.

Los textos dan cuenta, entonces, de la enorme complejidad que acompañó la integración y composición de las organizaciones educativas, poniendo en tela de juicio la idea relativamente generalizada de atribuir al Estado o a la elite política el papel principal en la organización y consolidación del aparato educativo. En todo caso, los trabajos matizan tal afirmación y obligan a repensar la actuación del Estado; asimismo, resaltan la diversidad de experiencias para impulsar y difundir la educación en distintos ámbitos del sistema escolar. Adelina Arredondo documenta la investigación en torno a los métodos y contenidos educativos en Chihuahua en las primeras décadas del siglo XIX, que tuvieron una dinámica específica, influida en gran medida por las condiciones culturales, económicas, sociales y políticas de la entidad; también resalta la simultaneidad

de objetivos, fines y esfuerzos de otras elites políticas estatales que se arriesgaron en la tarea de forjar ciudadanos y crear una conciencia nacional, sostén de la nueva república.

Por su lado, el artículo de Laura Lima aborda el estudio de la educación en Veracruz durante el porfiriato. Según se infiere de la lectura del texto, para esa época el Estado contaba con un conjunto de iniciativas educativas, surgidas de las elites intelectuales locales y de particulares, que sirvieron de apoyo para establecer un sistema enlazado y coherente entre sus distintos niveles escolares. Así, en dicho periodo se intensificó el proceso de reorganización, que consolidó el sistema educativo estatal al realizar importantes aportaciones a la configuración del sistema educativo.

El estudio de alternativas para promover educaciones particulares por parte de las elites y de sectores sociales fue también tema de reflexión. Antonio Escobar expone, en su artículo acerca del célebre Colegio de San Gregorio, el reavivamiento del debate en torno a la educación que debía impartírseles a los indígenas, propuesta que encerraba una visión discriminadora de la elite, la cual se justificó bajo la mirada y el discurso de la regeneración de esa raza; postura que se adoptó, paradójicamente, con motivo de la actitud asumida por los indígenas para mantener un espacio educativo exclusivo para ellos.

Asimismo, los trabajos de Alejandro Tortolero acerca de la enseñanza agrícola en la primera mitad del siglo XIX y de Lucía Martínez sobre la Escuela Regional de Chalco establecen pautas

para el examen de la educación rural en México. En ambos textos se rescatan propuestas y ensayos en relación con la apertura de escuelas técnicas forjadoras de cuadros para la agricultura mexicana, según los autores de tales iniciativas, tanto miembros de la elite política como hacendados. Los autores explican en conjunto que el buen éxito o el fracaso de tales proyectos dependió, en gran medida, de las resistencias originadas entre quienes, en apariencia, serían los principales beneficiarios, los trabajadores de las haciendas o sus hijos. Así, la enseñanza agrícola fue tema que preocupaba y ocupaba la atención de las autoridades y hacendados, quienes pusieron especial empeño en patrocinar algunos ensayos. En suma, los estudios sobre enseñanza agrícola permiten revalorar su importancia en un ambiente que privilegiaba primordialmente el espacio urbano, la educación urbana.

En el marco de la educación en las ciudades el texto de Norberto López relativo a las denominadas Sociedades de Ideas y sus ensayos educativos, el autor se da a la tarea de desentrañar la importancia que éstas adquirieron en sus esfuerzos por mejorar las condiciones de vida de los artesanos en el Estado de México. En gran medida, los esfuerzos emprendidos por los artesanos se encaminaron a cubrir una necesidad que consideraban incumplida al enjuiciar la labor educativa desarrollada por la elite local y nacional, a la que criticaban por sus propósitos mediatores.

Protagonistas insustituibles en esta historia son, sin duda, los maestros. Los empeños por lograr el reconoci-

miento a su profesión, la valoración social de su ejercicio, el alcance de la profesionalización, la legislación y los propósitos para profesionalizarlo, están también presentes en gran parte de los trabajos. Pero, asimismo, las preocupaciones cotidianas, inquietudes y anhelos de estos protagonistas están vigorosamente presentes en todos los textos. Señaladamente, Luz Elena Galván, en su artículo "Educación y educadores durante el porfiriato", recupera y permite que hablen los interlocutores, maestros y maestras, quienes prestaron sus servicios en el campo o en la ciudad. Escarba en los secretos que la historia oficial había celosamente guardado en los desvanes del anonimato y nos presenta, no al "maestro modelo", al apóstol, sino a los hombres de carne y hueso. El trabajo de Luz Elena Galván es un excelente antecedente así como un anuncio de la activa participación que tendrían los maestros y maestras durante el periodo posrevolucionario, la vitalidad de su incorporación a las tareas de reconstrucción nacional y su papel activo de organizadores tanto del Estado como de vastos sectores sociales explica, en gran medida, el radicalismo ideológico que se expresara en el anarquismo de las primeras dos décadas del siglo XX y el influjo que se revelara en la creación de la Escuela Racionalista, según ilustra Javier Blanco, así como una de las experiencias más controvertidas de esta escuela y la labor que desempeñó en Tabasco un sector de maestros, según apunta Mario Aguirre.

Belinda Arteaga expone en su trabajo "Los maestros mexicanos en el go-

bierno de Manuel Ávila Camacho”, la vitalidad y el papel cada vez más importante de los maestros, el surgimiento y la multiplicación de sus organizaciones gremiales, que conducirían, finalmente, al mejoramiento de sus condiciones de vida y a un reconocimiento social sin precedentes.

La historia de la educación tiene aún un campo para incursionar y aportar acerca del pasado y del presente de estos viejos y nuevos actores. Los que en ella estamos involucrados tenemos el compromiso de recuperar la multiplicidad de historias que aún se conservan en los archivos y en las memorias personales de sujetos anónimos que, prestos, ofrecen sus propias miradas.

Por último, deseo expresar mi satisfacción por el esfuerzo de difusión que realiza la Universidad Pedagógica Nacional para dar a conocer esas otras historias que amplían nuestra visión acerca de la tarea educativa.

Antonio Padilla Arroyol
INSTITUTO SUPERIOR DE CIENCIAS DE LA
EDUCACIÓN DEL ESTADO DE MÉXICO

Loyola Vega, Óscar (comp.), *Cuba: la revolución de 1895 y el fin del imperio colonial español*, Morelia, UMSNH, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, 246 pp. (Alborada Latinoamericana, 7).

Como una contribución a la conmemoración del centenario de la Revolución Cubana de 1895 y de la muerte del prócer José Martí, el Instituto de

Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo ha publicado esta obra, coordinada por Óscar Loyola Vega, vicedecano de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. En ella se reúnen nueve ensayos, elaborados por cubanos —en su mayoría historiadores—, en los que se estudian las diversas aristas del complejo proceso independentista de Cuba.

Con la finalidad —aunque no explícita— de contextualizar los trabajos integrados en este volumen, el coordinador expone en el primer apartado las principales características del movimiento de liberación nacional cubano desarrollado en la segunda mitad del siglo, entre 1868 y 1898, dentro del cual tuvo lugar la llamada Revolución del 95. Sin profundizar en el análisis, ofrece algunas anotaciones sobre: periodización y condiciones internas, continentales y mundiales del proceso; participación de las clases y sectores sociales; organización, estallido, desenvolvimiento y problemas de la lucha armada de los últimos años (1895-98). Lo más interesante, quizá, es el breve examen de la producción historiográfica referente al 95, en el que se distingue: 1) obras, en su mayoría memorias, de autores relacionados con la contienda (combatientes o no); 2) trabajos escritos durante las primeras seis décadas del siglo xx, cuyo objeto era mostrar la validez de la independencia y la soberanía nacionales; 3) obras publicadas a partir de 1959 dedicadas esencialmente a rescatar la labor de los principales próceres (Martí, Gómez, Maceo, etcétera); y, 4) compilaciones de documentos. Sobre fuen-